

MAESTRÍA EN EDUCACIÓN

"En un principio existía la Palabra...."

Wayne Dyer



REFERENCIA:

Mercer, Neil. (2001). **Palabras y mentes. Cómo usamos el lenguaje para pensar juntos.** Barcelona, España: Editorial Paidós.

Mucho se ha escrito sobre la relación existente entre el lenguaje y el pensamiento, pero hay un aspecto de esta relación que, a mi juicio, no ha recibido la atención que merece a pesar de su familiaridad y de su importancia en nuestra vida. Se trata de nuestro uso del lenguaje para pensar conjuntamente, para comprender la experiencia y resolver problemas colectivamente. Esta actividad de «interpensar», que la mayoría de nosotros da por descontada, se encuentra en el núcleo de todo logro humano. El lenguaje es un instrumento para realizar una actividad intelectual conjunta, una característica distintiva del ser humano diseñada para satisfacer las necesidades prácticas y sociales de los individuos y de las comunidades que cada niño debe aprender a emplear con eficacia. Si comprendemos mejor cómo podemos emplearlo para combinar nuestros recursos intelectuales, podremos darle aplicaciones útiles y prácticas, sobre todo en el campo de la educación.

Cada día empleamos el lenguaje para pensar y actuar conjuntamente, y es este uso normal y cotidiano el que me interesa aquí. A lo largo del libro presentaré ejemplos de lenguaje para ilustrar y explicar sus diversas aplicaciones. Estos ejemplos se basan en grabaciones hechas por mí o por otros investigadores en hogares, oficinas, talleres, escuelas, juzgados y otros contextos. El primero de estos ejemplos, la secuencia 1.1, se presenta a continuación. Forma parte de una conversación que grabé cuando tres personas intentaban hacer un crucigrama. Joan y Mary son dos hermanas jubiladas que dedican mucho tiempo a esta actividad. En el momento en que empieza la secuencia ya llevan un buen rato intentando terminar uno y aparece un amigo suyo, Tony, que viene a visitarlas.

Secuencia 1.1. Crucigrama

- Mary: Seguramente nos podrás ayudar con esta línea del crucigrama.
 Joan: ¿Cuál? (*la busca y luego la lee*). Aquí: «Material que contiene una pauta regular de pequeños agujeros».
 Mary: Agujeros regulares. Y mira que lo hemos intentado.
 Joan: He pensado que a lo mejor es el material ese para hacer tapices. Tejido.
 Mary: Tejido. Pues yo he pensado en encaje, que también tiene agujeros.
 Joan: ¿Y bordado?
 Tony: ¿Bordado?
 Joan: Eso no cabe, ¿no? (*comprueba*). No. Oh, pues sí. (*Todos miran el crucigrama.*)
 Tony: Bordado. Puede que sea bordado ¿no?
 Mary: ¿Bordado?
 Tony: A ver, un momento, dice material, no tiene que ser una tela, puede ser otra cosa.
 Mary: ¿Un material de construcción?
 Joan: ¿Tabla? ¿Algún tipo de tabla? ¿Un aglomerado?
 Tony: No, ¡es tablero!
 Mary: ¡Tablero! (*Que es la respuesta correcta.*)

Consideremos el orden de los elementos de esta secuencia. En primer lugar, Mary dice que «seguramente» su invitado podrá ayudarles a encontrar la palabra. Su comentario actúa como una invitación para que Tony participe en la resolución conjunta del problema. La acción de Joan indica que interpreta así el comentario cuando busca la línea y se la lee a Tony. Mary y Joan también le dicen a Tony lo que han intentado y conseguido hasta entonces. Por lo tanto, una parte esencial de este proceso es que los participantes comparten una experiencia pasada y una información pertinentes y luego emplean este «conocimiento común» como la base o *contexto* para la actividad conjunta que sigue. A partir de esta base, Tony hace algunas propuestas y los tres trabajan *con* las ideas de los demás. Se comparte la información, pero también se logra algo más. Mediante el instrumento del lenguaje, los tres transforman conjuntamente la información dada en una nueva comprensión. Como resultado de su esfuerzo intelectual combinado resuelven el problema.

La secuencia 1.1 es un ejemplo ordinario y cotidiano de un proceso humano muy importante. Todos pensamos colectivamente y este tipo de trabajo en equipo es vital para muchas clases de actividad. El primer pa-

so para comprender cómo lo hacemos es reconocer que el lenguaje tiene esta función especial para el pensamiento colectivo; en caso contrario, infravaloraremos su importancia psicológica y social. Naturalmente, en nuestra vida cotidiana damos esta función totalmente por descontada. Sabemos que la actividad mental conjunta tiene unas ventajas evidentes y organizamos nuestra vida consecuentemente. Decimos que «cuatro ojos ven más que dos» dando a entender que los recursos mentales de dos o más personas que colaboran pueden lograr más que la suma de sus aportaciones individuales. Pero quizá porque lo damos tanto por descontado el papel de la actividad mental conjunta en la creatividad humana también suele recibir menos importancia a la hora de explicar los logros humanos. En la mayoría de las sociedades del mundo desarrollado es costumbre explicar el éxito en función del talento individual, y no en función del esfuerzo colectivo, y solemos celebrar estos logros concediendo premios y otros galardones a artistas, científicos, etc., a título individual. Sin embargo, pocos —o ninguno— de los principales logros en el campo del arte, la ciencia o la industria se deben a individuos aislados. Casi siempre los logros importantes dependen de la comunicación *entre* personas creativas. El arte impresionista, la literatura de las Brontë o de los poetas de la escuela Lake, la estructura del ADN, los microchips y las canciones de los Beatles son, en esencia, productos de colectividades creativas. Las explosiones creativas que se dan en unos lugares y unas épocas concretas en los campos de la literatura y otras artes o de la ciencia y la tecnología representan algo más que coincidencias fortuitas de talento individual: representan la construcción de comunidades de indagación y de práctica que permiten a sus miembros lograr algo más de lo que podrían conseguir por separado. Los tipos de trabajo más tradicionales y convencionales también han dependido, desde tiempos inmemoriales, de que los profesionales compartan y construyan conocimientos conjuntamente e inicien a los aprendices en los usos del lenguaje que permiten satisfacer las necesidades de estas comunidades de práctica.

Empleamos el lenguaje para trabajar juntos con éxito, pero nuestra experiencia cotidiana también nos dice que la actividad conjunta no conduce necesariamente al éxito. Puede que en ocasiones cuatro ojos vean más que dos, pero también decimos «el uno por el otro, la casa sin barrer». Es decir, con frecuencia vemos que entre las personas se producen malentendidos y que la actividad conjunta puede generar confusión, ahogar la creatividad individual y producir resultados mediocres. Estudiar cómo empleamos normalmente el lenguaje para pensar conjuntamente nos

puede ayudar a comprender cómo podemos lograr una colaboración más eficaz.

La evolución del lenguaje y el pensamiento

Es difícil imaginar cómo podría existir la vida social humana sin el lenguaje. La aparición del lenguaje hace ya mucho tiempo, en la prehistoria de nuestra especie, hizo posible la existencia social que damos por descontada. Nos proporcionó una ventaja evolutiva fundamental sobre otros animales, en parte porque nos permitía compartir información con más claridad y precisión dentro de cada generación y de una generación a otra. Mediante la evolución del lenguaje también pudimos pensar conjuntamente de una manera constructiva y analítica. Otras especies relativamente inteligentes (como los chimpancés y los delfines) nunca han desarrollado maneras comparables de compartir sus recursos mentales, con el resultado de que cada animal por separado sólo aprende de los demás por observación, imitación y participando en actividades conjuntas; y la mayor parte del conocimiento que un chimpancé o un delfín acumulan durante su vida se pierde cuando mueren. El lenguaje es una invención evolutiva excepcional. Algunos animales, como las abejas, pueden compartir información empleando sistemas de señales que la evolución ha diseñado y ha programado genéticamente para un solo fin concreto. Pero el lenguaje es un sistema de comunicación totalmente diferente porque es flexible, innovador y adaptable a las circunstancias. Nos permite crear, compartir y considerar nuevas ideas y reflexionar conjuntamente sobre nuestras acciones (por ejemplo, evaluamos nuestras actividades conjuntas empleando conceptos como «planes», «intenciones», «honor» y «deuda»). Las palabras significan lo que los seres humanos acuerdan conjuntamente que signifiquen, se pueden crear nuevas palabras cuando hagan falta y se pueden combinar para expresar una variedad infinita de significados. El lenguaje nos permite compartir pensamientos sobre nuevas experiencias y organizar la vida en común como ninguna otra especie puede hacer.

Las explicaciones sobre por qué la aparición evolutiva del lenguaje fue tan importante para el desarrollo de nuestra especie suelen centrarse en el empleo del lenguaje para compartir información con precisión, haciendo posible que podamos aprender unos de otros y coordinar nuestras acciones. Por ejemplo, en su libro *El instinto del lenguaje: cómo crea el lengua-*

je la mente, el psicolingüista Steven Pinker escribe: «Simplemente haciendo ruidos con la boca podemos hacer que aparezcan nuevas combinaciones de ideas precisas y fiables en nuestra mente y en la de los demás»,¹ Sin embargo, destacar la «precisión» de esta manera supone el peligro de que se pueda tergiversar la naturaleza del lenguaje —sus importantes diferencias respecto a los sistemas de comunicación animales— y, en consecuencia, su importancia real en el desarrollo evolutivo del ser humano. El lenguaje no se ha diseñado como un medio para transmitir ideas de una forma precisa e inalterada de un cerebro a otro. Naturalmente, empleamos el lenguaje para compartir e intercambiar información de una manera que, en general, es bastante eficaz. Sin embargo, en un sentido práctico y cotidiano todos sabemos que no podemos hacer que los demás entiendan de una manera fiable y precisa lo que queremos decir. Como comenta Guy Browning, comentarista de prensa de temas laborales:

Puede que un banco de un millón de peces no pueda escribir *Romeo y Julieta*, pero sí puede cambiar de dirección en un instante como si fuera una sola entidad. Mediante el lenguaje, el líder de un equipo humano puede dar una instrucción a seis personas y ver que se interpreta de seis maneras diferentes.²

Los malentendidos son muy normales a pesar de nuestras mejores intenciones porque rara vez existe un significado inequívoco en lo que alguien expresa con palabras. Pero las variaciones en las interpretaciones no siempre suponen «malentendidos». Cuando se trata de presentar ideas complejas e interesantes, las variaciones en la comprensión son bastante normales y a veces hasta convenientes: de no ser así, ¿cómo podría haber nuevas interpretaciones de las obras de Shakespeare y por qué otra razón

1. S. Pinker, *The Language Instinct*, Londres, Penguin, 1994, pág. 15 (trad. cast.: *El instinto del lenguaje: cómo crea el lenguaje la mente*, Madrid, Alianza, 1999). Véase también S. Pinker, «Facts about human language relevant to its evolution», en J.-P. Changeux y S. Chavillon (comps.), *Origins of the Human Brain*, Oxford, Clarendon Press, 1995, págs. 263-283. Se presentan otros enfoques recientes y bastante diferentes al lenguaje y al pensamiento pero también de carácter individualista en A. Gopnik y A. N. Meltzoff, *Words, Thoughts and Theories*, Londres, MIT Press, 1997; y en P. Carruthers y J. Boucher (comps.), *Language and Thought: Interdisciplinary Themes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998. En este último libro los compiladores empiezan estableciendo una «clara dicotomía» entre una «concepción comunicativa del lenguaje» y una «concepción cognitiva», que se tratan como si fueran difíciles de reconciliar.

2. Guy Browning, en su columna «Office Politics», *The Guardian*, 6 de marzo de 1999.

nos podrían interesar? Estoy seguro de que mi comprensión del libro de Pinker, a pesar de la claridad con que está escrito, no reflejará exactamente lo que él puede haber pensado o esperado y sé que mi interpretación no será la misma que puedan hacer otros lectores. Muchos autores se desaniman al descubrir que los lectores comprenden mal su «mensaje», pero no deben culparse de ello necesariamente. El acto de leer cualquier texto se basa en la capacidad interpretativa del lector, y en la capacidad de comunicación y las intenciones del autor.

Como sistema para transmitir una información factual concreta sin ninguna distorsión o ambigüedad, es probable que el sistema de señales de las abejas sea mejor que el lenguaje humano. Sin embargo, nuestro lenguaje ofrece algo mucho más valioso que el simple intercambio de información. Puesto que los significados de las palabras no son invariables y la comprensión siempre supone interpretación, la acción de comunicar siempre supone una actividad creativa conjunta. Las palabras pueden transmitir significados distintos de los expresados conscientemente por los hablantes o los escritores porque los oyentes o lectores aportan sus propias perspectivas a los mensajes que reciben. Las ideas expresadas de una manera imprecisa pueden ser intelectualmente más estimulantes para los oyentes o los lectores que los simples hechos. El hecho de que el lenguaje no siempre sea fiable para generar unos significados precisos en la mente de otra persona es un reflejo de su fuerza como medio para crear nuevas comprensiones. La ambigüedad y la adaptabilidad inherentes al lenguaje como sistema generador de significado hacen que la relación entre lenguaje y pensamiento sea tan especial.

En consecuencia, no podemos entender el empleo del lenguaje simplemente como una transmisión de información entre personas. Cada vez que hablamos con alguien participamos en un proceso de colaboración en el que se negocian significados y se movilizan conocimientos comunes. En la secuencia 1.1, Joan, Mary y Tony pueden continuar fácilmente con su actividad de resolución de problemas porque todos saben qué es un crucigrama y cómo se resuelve, además de saber que es razonable dar por descontado ese conocimiento compartido. Incluso un encuentro simple y breve —alguien que pregunta por una dirección— supone un acuerdo tácito y negociado sobre el tipo de evento que está teniendo lugar y sobre la manera apropiada de comportarse. Sin embargo, siempre existe el riesgo potencial de que una comprensión y un propósito compartidos no se puedan negociar con éxito. Puede que unas perspectivas diferentes no se puedan reconciliar (como en el chiste de alguien que pregunta una direc-

ción y a quien le dicen: «Bueno, si yo quisiera llegar allí no empezaría desde aquí»). Pero prácticamente no hay ningún encuentro en el que sólo obtengamos y demos información; la experiencia conjunta conforma lo que cada participante piensa y dice en un proceso dinámico en forma de espiral, de cambios inducidos mutuamente. Podemos ver que Joan, Mary y Tony hacen precisamente esto hacia el final de la secuencia, cuando exploran los posibles significados de la palabra «material». El producto de una conversación suele ser el logro de un conocimiento nuevo, conjunto y común. El lenguaje está diseñado para hacer algo mucho más interesante que transmitir información con precisión de un cerebro a otro: permite que los recursos mentales de varios individuos se combinen en una inteligencia colectiva y comunicadora que permite a los interesados comprender mejor el mundo e idear maneras prácticas de tratar con él.

Hasta ahora, gran parte de la investigación realizada se ha centrado en el aprendizaje del lenguaje hablado por los niños. Los estudios de niños pequeños que aprenden las primeras palabras han revelado que no se limitan a copiar el lenguaje que oyen a su alrededor y que parecen tener una capacidad muy concreta y potente para emplear lo que oyen con el fin de averiguar cómo funciona su lengua materna, a pesar de que gran parte de lo que oyen puede ser gramaticalmente incompleto o incorrecto. Esta notable capacidad permite que la mayoría de los niños domine con una rapidez asombrosa el lenguaje de una manera creativa, generando secuencias de palabras que quizá no han oído nunca pero que se ajustan a las reglas básicas de la gramática. Muchos lingüistas, psicólogos y biólogos se basan en esto para sostener que el lenguaje no es un simple medio de comunicación inventado por nuestros inteligentes antepasados, sino un producto biológico de la selección natural. Es decir, proponen que nuestra capacidad para aprender y emplear el lenguaje se debe a una capacidad innata e instintiva «cableada» en el cerebro humano³ y tratan de determinar si la organización neurológica del cerebro refleja algunos rasgos comunes a todas las lenguas humanas: los llamados «universales lingüísticos». Aunque estos interrogantes sobre los orígenes del ser humano son muy interesantes, investigar las relaciones vivas entre el lenguaje, la sociedad y el individuo no es menos interesante e importante para comprender la mente humana. Puede que nuestro cerebro realmente esté di-

3. Véase, por ejemplo, J. Fodor, *The Modularity of Mind*, Londres, MIT Press, 1983 (trad. cast.: *La modularidad de la mente*, Madrid, Morata, 1986). Pinker (véase la n. 1) también adopta este punto de vista.

señado para adquirir el lenguaje y que éste refleje algunas características neurológicas del cerebro, pero, para convertirse en comunicadores eficaces, los niños tienen que aprender una lengua concreta y entender cómo se emplea para poder «hacer cosas» en su comunidad natal. La capacidad humana para emplear el lenguaje bien puede ser una característica biológica, pero el lenguaje y las maneras de emplearlo varían considerablemente dentro de las sociedades y entre ellas, mientras que no ocurre así con el cerebro humano. En consecuencia, cada lengua viva es una creación cultural que ha surgido de la historia de generaciones de usuarios pertenecientes a una comunidad. A diferencia de las abejas de poca edad, los niños sólo aprenderán a emplear una lengua materna —la versión local concreta del sistema de comunicación humano natural— interactuando con las personas que hay a su alrededor en el contexto de ciertos eventos sociales. Como demostraré en capítulos posteriores, las maneras culturalmente específicas de emplear el lenguaje son muy importantes para el desarrollo de la capacidad de interpensar en los niños.

El lenguaje y la creación conjunta de conocimiento

Durante siglos nos hemos preguntado si nuestros pensamientos están conformados por los significados y las estructuras del lenguaje (la cuestión del *determinismo lingüístico*) y si las personas que crecen hablando lenguas diferentes acaban pensando de maneras distintas (la cuestión de la *relatividad lingüística*). En términos generales, la investigación de la relatividad lingüística ha intentado descubrir si los hablantes nativos de una lengua tienen unas concepciones del mundo distintas de los hablantes de otras lenguas que reflejen diferencias en la gramática y en el vocabulario de las lenguas implicadas. Los resultados aún no concluyentes de años de investigación y de debate sobre esta cuestión siguen acumulándose en las bibliotecas de todo el mundo y en este libro no voy a profundizar más en ellos. En lugar de preguntar «¿Cómo influye la adquisición de un lenguaje —si es que lo hace— en la manera de pensar de una persona?», deseo preguntar «¿Cómo empleamos el lenguaje para comprender conjuntamente la experiencia?».

Somos seres esencialmente sociales y comunicativos que adquirimos de los demás gran parte de lo que sabemos y nuestras acciones están conformadas por nuestra necesidad de tratar con los argumentos, las demandas, las exigencias, las súplicas, las amenazas y las órdenes que intercambiamos con los demás. En el nivel práctico de la vida cotidiana, el pensamiento

individual y la comunicación interpersonal se tienen que integrar. Para hacer que nuestras ideas sean reales para otras personas, tenemos que expresarlas con palabras (o mediante otros tipos de representación simbólica como la notación matemática, diagramas o imágenes). Para que nuestras ideas puedan tener algún impacto social, debemos ponerlas en práctica o comunicarlas a los demás para que influyan en sus acciones. Es decir, empleamos el lenguaje para convertir el pensamiento individual en pensamientos y acciones colectivas.

La palabra «conocimiento» no sólo se emplea para designar la información contenida en el cerebro de un individuo (como en la expresión «su conocimiento de la historia local es fenomenal»), sino que también se emplea para designar la suma de lo que saben las personas, los recursos compartidos a disposición de una comunidad o sociedad (como en la expresión «todas las ramas del conocimiento»). El conocimiento según el segundo sentido —social, compartido— existe principalmente en forma de lenguaje hablado y escrito (más el sistema relacionado de la notación matemática). Aunque la ciencia se refiere a objetos materiales y a relaciones físicas y se plasma mediante tecnologías y artefactos, se comparte por medio de palabras y fórmulas. Por ejemplo, casi todo lo que sabe cualquier biólogo sobre la teoría de la evolución no lo ha adquirido por medio de la observación directa de pruebas materiales, sino mediante la comunicación, por medio del lenguaje, con otros biólogos. Si le pedimos a un químico que nos explique la tabla periódica, para designar los elementos empleará nombres que fueron inventados por otros químicos y que reflejan la historia de esta disciplina plasmada en textos y publicaciones de química. Los astrónomos y los físicos saben algo de las «supernovas»; sin embargo, eso que saben no es sólo el resultado de mirar por el telescopio, sino también de leer y oír a otros colegas intentando explicar los datos que tienen a su disposición.

Es difícil, por no decir imposible, separar gran parte del conocimiento que comparten las personas de las palabras con las que se expresa. Propongo al lector que reflexione sobre su comprensión de lo que acaba de leer en la página anterior. ¿Podrá separar el contenido de lo que ha leído del lenguaje que yo, como autor, he empleado? En efecto, si intenta formular sus propias opiniones sobre lo que cree que estoy diciendo o si intenta clarificar cualquier discrepancia que pueda tener al respecto, ello inevitablemente supondrá el empleo de su propia lengua como instrumento para pensar. El diálogo estimula el pensamiento de una manera que no está al alcance de la experiencia no interactiva. Studs Terkel, vete-

rano entrevistador y cronista de narraciones históricas orales, oyó decir una vez a uno de sus informadores: «¿Sabe...? Hasta que me hizo estas preguntas no me había dado cuenta de que tenía estos sentimientos»,⁴ y entre los enseñantes de ciencias es una experiencia común el hecho de que sólo puedan apreciar los límites de su propia comprensión al intentar explicar una teoría o un procedimiento. Por lo tanto, aunque no pretendo decir que el funcionamiento de nuestra mente esté directamente determinado por nuestro empleo del lenguaje, *sí* propongo que, en la vida humana normal, la actividad comunicativa y el pensamiento individual mantienen una influencia mutua, continua y dinámica. Mediante el estudio de la creación conjunta de conocimiento podremos comprender mejor la relación existente entre los individuos y las sociedades en las que viven, y la relación entre las formas individuales y colectivas de conocimiento.

Las ideas de Vygotsky sobre el lenguaje y el pensamiento

Durante los años veinte, el psicólogo ruso Lev Vygotsky hizo algunas propuestas muy interesantes sobre las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento y entre el individuo y la sociedad. Por lo que se dice, fue un personaje poco corriente y de gran talento que dirigió obras teatrales y escribió sobre temas tan diversos como el arte, la neurofisiología y la teoría marxista. A pesar de haber sufrido un grave ataque de tuberculosis, desempeñó un papel muy activo en los círculos literarios y científicos de Moscú. Pero su trabajo principal era como psicólogo: enseñaba en la universidad y se había especializado en la educación de niños con discapacidades físicas y problemas de aprendizaje. En aquella época, la psicología soviética era una comunidad dividida. Estaba dominada por la teoría del condicionamiento estímulo-respuesta de Ivan Pavlov, otro psicólogo ruso cuyos partidarios creían que podría convertirse en la base de un estudio verdaderamente científico, objetivo y experimental de la conducta. Otros rechazaban la influencia de Pavlov alegando que la psicología debería estudiar el pensamiento y la conciencia, y seguían el método de la introspección y la reflexión. Vygotsky no se alineó con ninguna de estas facciones y, en cambio, propuso que los psicólogos investigaran las relaciones entre el pensamiento, la acción, la comunicación y la cultura. Inspirando-

4. De una entrevista hecha a Studs Terkel por Huw Richards en *The Times Higher Educational Supplement*, 26 de junio de 1998, pág. 18.

se en las ideas marxistas sobre la importancia que tuvo el desarrollo de instrumentos para los inicios de la sociedad humana, propuso que el empleo de un instrumento distintivo —el lenguaje— fue la causa de que el pensamiento y la conducta social del ser humano llegaran a ser tan distintos de los de otros animales.

Las ideas de Vygotsky se consideraron radicales y polémicas en la misma Rusia y se creía que su obra era una amenaza para la psicología soviética ortodoxa, por lo que las autoridades acabaron prohibiéndola. Sin embargo, hoy en día sus puntos de vista son objeto de una gran atención. Para Vygotsky, el lenguaje tenía dos funciones principales. Como instrumento de comunicación o *instrumento cultural* lo empleamos para compartir y desarrollar conjuntamente el conocimiento —«la cultura»— que permite la existencia y la continuidad de la vida social humana organizada. También propuso que muy al principio de la infancia empezamos a emplear el lenguaje como un *instrumento psicológico* para organizar nuestros pensamientos individuales y para razonar, planificar y revisar nuestras acciones. Creía que, durante la primera infancia, se produce una fusión entre el lenguaje y el pensamiento que conforma el resto de nuestro desarrollo mental. Vygotsky afirmaba que la capacidad para «el pensamiento verbal» distingue nuestro intelecto del de otros animales. Otra característica esencial de su explicación del desarrollo psicológico del niño era la noción de que las dos funciones del lenguaje, la cultural y la psicológica, están integradas. Cuando el niño oye a las personas de su comunidad emplear el lenguaje para describir la experiencia y realizar actividades, adquiere este «empleo cultural de las palabras» y acaba convirtiéndolo en un instrumento psicológico propio. Cuando este proceso tiene éxito, el niño adquiere maneras de comprender el mundo a medida que aprende la capacidad de comunicación necesaria para convertirse en un miembro activo de su comunidad. Vygotsky consideraba que los individuos y sus sociedades estaban unidos por el lenguaje en una espiral de cambio histórica, continua, dinámica e interactiva.

Vygotsky no llegó a ver los efectos de sus ideas en la psicología y en la educación porque murió de tuberculosis en 1933, a los 37 años de edad. Su libro *Pensamiento y lenguaje*, publicado un año después de su muerte, fue prohibido casi de inmediato por las autoridades soviéticas. La primera traducción al inglés apareció en 1962.⁵ En cualquier caso, este libro no era

5. L. S. Vygotsky, *Thought and Language*, Cambridge, MA, MIT Press, 1962 (trad. cast.: *Pensamiento y lenguaje*, Barcelona, Paidós, 2000).

más que una explicación parcial de su teoría y la mayor parte de su obra no llegó a Occidente hasta los años setenta y ochenta, empezando entonces a sentirse su impacto en el mundo de la psicología.⁶ Vygotsky presentó relativamente pocas pruebas que apoyaran sus interesantes ideas, aunque éstas han inspirado investigaciones mucho más recientes. Ahora sabemos que los niños pequeños suelen empezar a comportarse como seres comunicativos y sociales mucho antes de que empiecen a dar los primeros pasos. En realidad, el hecho de que un niño no lo haga se considera señal de una posible incapacidad física o psicológica. Los bebés responden de manera sistemática a los gestos y a las expresiones de sus padres y, en cuanto aprenden las primeras palabras, empiezan a establecer «turnos de conversación» en sus interacciones. Los niños no aprenden el lenguaje por casualidad, aparte de los aspectos prácticos de la vida; aprenden el lenguaje empleándolo para participar en la vida de la comunidad en la que nacen. Como decía Vygotsky: «Los niños resuelven tareas prácticas con la ayuda de su habla, igual que con los ojos y con las manos».⁷ Las cuidadosas observaciones de Jerome Bruner y otros psicólogos evolutivos han demostrado que el desarrollo individual de los niños pequeños está conformado por sus diálogos con las personas que tienen a su alrededor.⁸ Los niños pequeños aprenden el lenguaje y muchas otras cosas que necesitan saber participando en conversaciones con adultos. Según el lingüista Michael Halliday: «Cuando los niños aprenden el lenguaje... están aprendiendo los fundamentos del aprendizaje mismo».⁹

6. La contribución de Vygotsky a la psicología se discute con detalle en J. V. Wertsch (comp.), *Culture, Communication and Cognition: Vygotskian Perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

7. L. S. Vygotsky, *Mind in Society*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1978, pág. 26 (trad. cast.: *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*, Barcelona, Crítica, 2000). Este libro se elaboró a partir de una colección de ensayos de Vygotsky reunidos por el psicólogo estadounidense Michael Cole y sus colaboradores.

8. Véanse, por ejemplo, J. Bruner, *Acts of Meaning*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1990 (trad. cast.: *Actos de significado: más allá de la revolución cognitiva*, Madrid, Alianza, 1998); y B. Rogoff, *Apprenticeship in Thinking: Cognitive Development in Social Context*, Nueva York, Oxford University Press, 1990 (trad. cast.: *Aprendices del pensamiento: el desarrollo cognitivo en el contexto social*, Barcelona, Paidós, 1993).

9. M. A. K. Halliday, «Towards a language-based theory of learning», *Linguistics and Education*, 1993, vol. 5, n° 2, págs. 93-116.

Empleo del lenguaje para actuar

En la vida cotidiana solemos contrastar el «simple hablar» con «actuar», pero algunas de las cosas más importantes que nos pasan o que hacemos que pasen son consecuencia de emplear el instrumento del lenguaje. Se han terminado guerras, arruinado carreras y roto corazones por algo que se ha dicho o escrito. Algunas personas reciben un poder especial y concreto por parte de su sociedad para «obrar» con las palabras. Los actos culturalmente formales de casarse, nombrar, inaugurar y condenar a muerte se realizan empleando el lenguaje. Al decir las palabras «yo os declaro marido y mujer», una persona cualificada para ello *hace que sea así*. Todos tenemos este poder en cierta medida. Por ejemplo, nos disculpamos diciendo «lo siento» en las circunstancias apropiadas. El filósofo J. L. Austin llama a estas expresiones «actuales» porque decir las equivale a realizar una acción social concreta.¹⁰

Para que una expresión actuante sea válida, el contexto debe ser adecuado, pero con frecuencia es difícil determinar de una manera precisa e inequívoca en qué consiste un contexto «adecuado». En 1998, la prensa británica se ocupó bastante de un incidente en el que, a causa del retraso de un párroco, uno de sus ayudantes —no ordenado— ocupó su lugar y celebró una boda. Los expertos en derecho y en cuestiones eclesiásticas parecían incapaces de ofrecer un dictamen definitivo sobre si la intervención actuante del ayudante había sellado o no el compromiso de la conternada pareja. El resultado de aquel evento fue un debate sobre los criterios para que la intervención actuante de «casar» sea válida. Ciertos casos de «promesas rotas», soborno y corrupción pueden suponer tipos bastante diferentes de disputas sobre el empleo de expresiones actuantes. Por ejemplo, una persona puede afirmar que otra le hizo una «promesa», mientras que la otra lo puede negar. El lenguaje no sólo se emplea para posibilitar el pensamiento conjunto sobre un problema, sino que el lenguaje mismo también puede crear un problema que resolver. Volveré a tratar esta cuestión en capítulos posteriores.

Con el lenguaje no sólo «informamos» y «prometemos», sino que también «acusamos», «defendemos», «mentimos», «negamos», «ordenamos» y «persuadimos». El lenguaje es un arma en las batallas entre explicaciones, teorías e ideologías contrarias. Preguntemos a alguien que se haya conver-

10. J. Austin, *How to do Things with Words*, Oxford, Oxford University Press, 1962 (trad. cast.: *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*, Barcelona, Paidós, 1998).

tido a una fe religiosa o a una ideología política y casi siempre encontramos una conversación crucial en algún punto del proceso. En un nivel más prosaico, la mayoría de nosotros encontraríamos imposible vivir sin intervenir periódicamente en algún conflicto de opiniones. La mayoría de las cuestiones que consideramos importantes, desde las realidades concretas de la existencia doméstica hasta las grandiosas teorías sobre el universo, son temas de discusión. La gente suele creer que la ciencia avanza mediante un proceso sencillo: cuando se publican los resultados de nuevas investigaciones, simplemente se demuestran o refutan teorías ya vigentes. Si las cosas fueran tan sencillas, sería difícil explicar por qué los científicos se pasan tanto tiempo cuestionándose mutuamente sus métodos y las interpretaciones de sus descubrimientos. El avance de la ciencia, como cualquier otra empresa seria, depende de discusiones y debates entre individuos bien informados que tienen un compromiso con la búsqueda de «la verdad». El éxito de la teoría de la evolución de Darwin se debió sin duda a que sus partidarios ofrecieron pruebas en apoyo de sus argumentos, pero el hecho decisivo que marcó el triunfo de esta teoría sobre las explicaciones de la aparición de nuestra especie basadas en el mito de la creación se suele asociar a una discusión: el debate público que tuvo lugar entre Thomas Huxley y el obispo Samuel Wilberforce en Oxford, en junio de 1860. Y la parte del discurso de Huxley que se puede encontrar en todos los diccionarios de citas no se refiere al debate sobre las pruebas, sino a la manera en que su elocuente contrincante había empleado —más bien mal— el instrumento intelectual del lenguaje. Estas palabras son la respuesta de Huxley a la pregunta que le hizo Wilberforce sobre qué rama de su familia creía él que descendía del mono:

[Un] hombre no tiene razón alguna para sentirse avergonzado de tener un mono como ancestro. Si hubiera un antepasado cuyo recuerdo debiera causarle vergüenza sería más bien un *hombre* —un hombre de intelecto inquieto y versátil— que, no contento con un éxito equivoco en su propia esfera de actividad, se zambulle en cuestiones científicas de las que no tiene ningún conocimiento real sólo para oscurecerlas mediante una retórica que no conduce a nada y que, mediante digresiones elocuentes y hábiles alusiones a los prejuicios religiosos, aparta la atención de sus oyentes de lo que realmente se discute.¹¹

11. *The Oxford Dictionary of Quotations*, Londres, Book Club Associates, 1979, pág. 269. Esta versión tan citada se basa en una comunicación de un asistente al debate de Oxford, ya que no se hizo ninguna transcripción oficial del discurso de Huxley.

Naturalmente, este eficaz «menosprecio» de la retórica es él mismo un triunfo retórico e ilustra el hecho de que no podemos separar fácilmente «las ideas» o «las pruebas» de las maneras en que se emplea el lenguaje para presentarlas y discutir las. El proceso de debate es la manera en que establecemos sobre qué «verdades» estamos de acuerdo.

La tecnología comunitaria del lenguaje

Una fuente de ingresos continua y fiable para las editoriales es producir nuevos diccionarios. Los antiguos se hacen obsoletos porque cada lengua viva sigue evolucionando para satisfacer las necesidades de sus hablantes. La belleza del diseño del lenguaje es que se puede adaptar para satisfacer actividades y propósitos concretos. Las palabras existentes no sólo pueden cambiar de significado y combinarse de nuevas maneras, sino que también se pueden crear nuevas palabras y estructuras cuando sea necesario. Distintos tipos de actividades requieren distintos modos de hablar y escribir y constantemente surgen actividades nuevas. En todo el mundo, lenguas empleadas con gran eficacia por generaciones de granjeros y artesanos rurales han tenido que cambiar para adaptarse a la entrada de sus sociedades en el mundo de la industria mecanizada y la economía internacional. Los nuevos métodos de comunicación pueden tener importantes repercusiones en nuestra manera de usar el lenguaje para pensar juntos. Las invenciones del lenguaje escrito y, más adelante, de la imprenta hicieron que compartir ideas en distintos puntos del espacio y del tiempo fuera mucho más fácil; la invención del teléfono permitió que personas alejadas entre sí pudieran colaborar intelectualmente. Las comunicaciones electrónicas de hoy, como el correo electrónico y la conferencia por ordenador, nos permiten emplear el lenguaje escrito para que varias mentes interactúen de manera dinámica, y el lenguaje mismo se adapta para permitirlo, como mostraré más adelante.

La noción que Vygotsky tenía del lenguaje como un instrumento es útil porque destaca que éste se emplea para fines prácticos. Pero como el lenguaje se puede adaptar de tantas maneras funcionales para satisfacer nuestras necesidades culturales, el psicólogo Gordon Wells propone que es mejor concebirlo como un instrumental completo.¹² Puede que los ni-

12. G. Wells, «Using the tool-kit of discourse in the activity of learning and teaching», *Mind, Culture and Activity*, 1996, vol. 3, nº 2, págs. 74-101.

ños tengan una capacidad innata para adquirir la lengua de su comunidad natal, pero no hay ninguna duda de que tienen mucho que aprender sobre los usos particulares de este instrumental dentro de su comunidad. La manera en que los niños lo hacen es bastante similar a la manera en que aprenden a emplear otros instrumentos: mediante una combinación de observar a los expertos en acción, de recibir alguna ayuda por parte de esos expertos y de probar los instrumentos ellos mismos. Aprender a emplear los artefactos funcionales de nuestra sociedad no es una cuestión de «aprendizaje por descubrimiento», sino más bien un proceso de aprendizaje informal. No aprendemos para qué sirven los abrelatas, los martillos y los destornilladores encontrándolos por ahí como objetos extraños y desconocidos, experimentando con ellos nosotros solos y, al final, descubriendo que sirven para algo como clavar un clavo.¹³ Aprendemos sobre los martillos al mismo tiempo que aprendemos la *acción humana de clavar* cuando observamos cómo emplean otras personas este instrumento, cuando se nos enseña a sostenerlo y manejarlo y cuando intentamos usarlo para realizar unas acciones similares. Nuestros primeros encuentros con los instrumentos se producen en un contexto social —como parte de lo que los antropólogos llaman «prácticas culturales» de la vida social— y nuestra comprensión de la naturaleza y la función de esos instrumentos la conforma ese contexto social. Como mostraré en capítulos posteriores, no aprendemos a emplear el lenguaje en abstracto: aprendemos a emplearlo uniéndonos a la vida intelectual de unas comunidades —locales o virtuales— concretas.

Resumen

A partir del trabajo de investigadores de muchas disciplinas, hemos obtenido algunas nociones muy valiosas sobre la relación entre el lenguaje, el pensamiento y la actividad social. Pero hay algo que el lenguaje nos permite hacer que tiene una importancia especial y que, si bien es vital pa-

ra nuestra vida cotidiana, rara vez es objeto de una consideración especial en la investigación sobre el lenguaje y el pensamiento. Este algo es que el lenguaje nos ofrece un medio para *pensar juntos*, para crear conjuntamente conocimiento y comprensión. La flexibilidad y la ambigüedad inherentes al lenguaje hacen que sea cualitativamente diferente de otros sistemas de comunicación animal; no es un simple sistema para transmitir información: es un sistema para pensar colectivamente. El lenguaje nos permite formar redes intelectuales para comprender la experiencia y resolver problemas. Lo empleamos como un instrumento para crear conocimiento, para que el lenguaje mismo y el conocimiento que creamos con él sean recursos para los individuos y las comunidades. El lenguaje vincula el pensamiento individual con recursos colectivos de conocimiento y con procedimientos para obrar. Puede que la capacidad de integrar lo social con lo psicológico sea lo que mejor caracteriza la actividad humana y lo que la distingue de la de otros animales. Hay razones prácticas para investigar cómo empleamos el lenguaje para pensar conjuntamente. Por ejemplo, nos puede ayudar a comprender por qué la actividad conjunta es a veces más o menos eficaz y puede ayudarnos a mejorar la práctica educativa. Pero también puede ofrecernos simplemente algunas nociones nuevas e interesantes sobre nuestra vida social y nuestra manera de actuar.

13. Este enfoque del aprendizaje de los instrumentos fue impulsado por un estudiante de Vygotsky, A. N. Leont'ev (por ejemplo, véase A. N. Leont'ev, *Problems of the Development of Mind*, Moscú, Progress Publishers, 1981; trad. cast.: *El desarrollo del psiquismo*, Tres Cantos, Akal, 1983). Podemos encontrar discusiones interesantes y más recientes sobre las implicaciones cognitivas del uso de instrumentos y otros artefactos en G. Salomon (comp.), *Distributed Cognitions: Psychological and Educational Considerations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.